

tinaba en sus visiones. Sentado al lado de Robespierre en la Asamblea, y participando de las teorías regeneradoras del diputado por Arras, no había cesado desde aquella época de entretener relaciones familiares con él, que llegaban hasta el entusiasmo y hasta el culto. Robespierre recibía á menudo al antiguo monje en casa de Duplay, teniendo para don Gerle la afección y la indulgencia que un genio superior tiene por la credulidad que admira. Justamente se perdona la superstición de que uno es objeto.

Don Gerle hablaba con frecuencia á Robespierre de las profecías de Catalina Theos sobre su futura grandeza. Robespierre no era supersticioso. Su religión no era más que lógica. Creía la razón tan divina, que la proclamaba sin cesar el único dogma y la única Providencia del género humano, el objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones. Pero sea que su elevación diese al fin cierta superstición á Robespierre hácia sí mismo, sea para afirmar su popularidad con un prestigio sobrenatural, sea más bien que sintiese la falta de los antiguos templos y dejase esperar una reconstrucción del cristianismo, él toleraba, si no favorecía, las reuniones de Catalina Theos. Este era su punto de contacto con el catolicismo y con el espíritu religioso que quería unir en sí mismo como una de las fuerzas sociales. Recibía cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas según el espíritu revelador. Había en la proclamación del Sér Supremo, en los símbolos de aquella ceremonia, en los mismos nombres que había dado á Dios y á la naturaleza, las ceremonias y los signos del culto secreto. La opinión, bien ó mal fundada, del público era que él quería realizar en su persona un pontífice supremo; que las tentativas de don Gerle, su confidente, eran un ensayo de organización religiosa, y que iniciarse era lisonjear al dictador por su debilidad ó por su ambición. Estas preocupaciones proporcionaban al cenáculo de la calle de la Contraescarpa más neófitos que la fe.

III

Además, había al mismo tiempo, en uno de los más suntuosos palacios del centro de París, recientemente construido por el opulento filósofo Helvecio, una mujer joven, de una incomparable hermosura, si no tuviese una hija de diez y seis años tan bella y tan seductora como su madre. Aquella mujer se llamaba madama de Sainte-Amaranthe. A pesar de que decía que era viuda de un gentilhomme sacrificado en las jornadas del 5 y 6 de Octubre, defendiendo la puerta de la reina en Versalles, y que ella afectaba el exterior, el tono y el lujo de una grande existencia, reinaba en aquella mujer un misterio y una duda sobre su origen y sus hábitos, que dejaban flotar la opinión entre la admiración de su belleza, el respeto por sus desgracias y la ambigüedad de su papel en la sociedad.

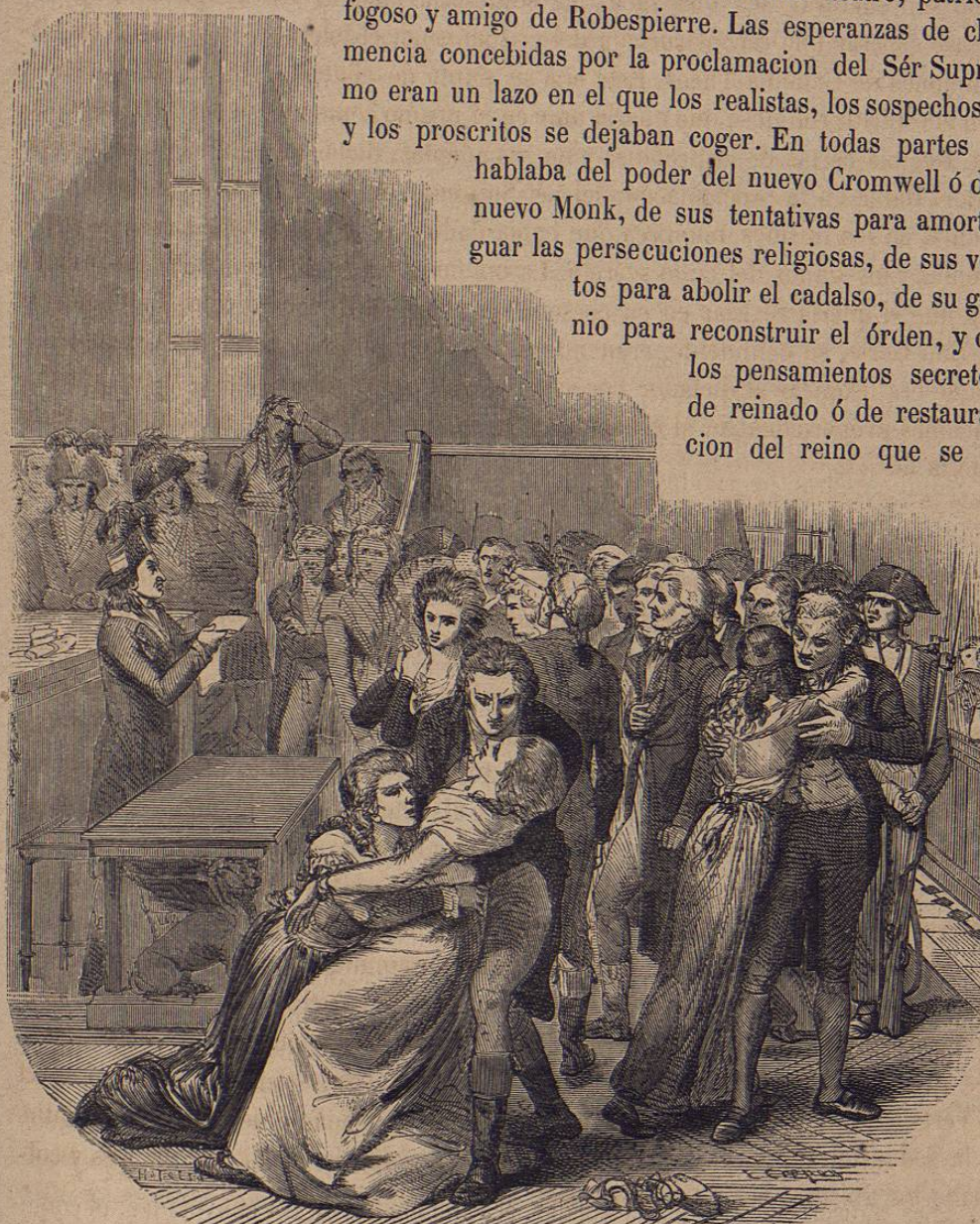
Su casa, atractiva por tantos títulos, había reunido, por el gusto de las artes, del juego y los placeres, desde el principio de la revolución, á los hombres eminentes de todas las facciones. Los realistas, los constitucionales, los orleanistas y los girondinos sucesivamente, Mirabeau, Sieyès, Petion, Chapelier, Buzot, Louvet y Vergniaud, la habían frecuentado. Las gracias de madama de Sainte-Amaranthe y la seducción de su espíritu habían borrado alrededor de ella los matices y colmado los abismos entre las opiniones.

Ella conservaba, no obstante, una adhesión ostensible á los recuerdos y á las

esperanzas del trono. Estaba relacionada con los realistas de la antigua aristocracia, y conservaba en sus salones, sin ningún misterio, los retratos del rey y de la reina; no disfrazaba su veneración por estas imágenes proscritas de un tiempo mejor. El prestigio de sus gracias parecía alejar de ella todo peligro. La naturaleza la defendía del cadalso.

Un joven perteneciente á la antigua corte, hijo de Mr. de Sartines, ministro de la Policía de París, acababa de casarse con la hija de madama de Sainte-Amaranthe. Mr. de Sartines, ántes de su matrimonio, había tenido relaciones con una actriz del teatro Italiano, Grandmaison. Aunque abandonada por su amante, aquella joven actriz le escribía aún. Ella le informaba de los progresos ó de la disminución del Terror. Sartines, prendado de tanta constancia, iba de tiempo en tiempo á París á ver secretamente á su antigua amiga, y por ella sabía los secretos de la política. La señorita Grandmaison los arrancaba á Trial, actor del mismo teatro, patriota

fogoso y amigo de Robespierre. Las esperanzas de clemencia concebidas por la proclamación del Sér Supremo eran un lazo en el que los realistas, los sospechosos y los proscritos se dejaban coger. En todas partes se hablaba del poder del nuevo Cromwell ó del nuevo Monk, de sus tentativas para amortiguar las persecuciones religiosas, de sus votos para abolir el cadalso, de su genio para reconstruir el orden, y de los pensamientos secretos de reinado ó de restauración del reino que se le



Los conspiradores del extranjero ante el tribunal.—Pág. 444.

suponian. Los esparcidos restos del partido religioso y del partido realista se consolaban en estos sueños. La popularidad de Robespierre era más grande tal vez en estos momentos en el partido de las víctimas que en el de los verdugos, llegando á deslumbrar á madama de Sainte-Amaranthe, que quiso volver á abrir en Paris su casa á las fiestas y á los placeres en medio del duelo general. Se fió al genio de Robespierre, y ardía en deseos de conocerle, de seducirle y de atraerle á sus opiniones. En vano la señorita Grandmaison, temblando por su amante, escribía á Mr. de Sartines que el momento era siniestro, que los comités y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina estaba suspendida entre un alivio esperado y un terror más activo. Madama de Sainte-Amaranthe no escuchó más que sus ilusiones; arrastró á su hija, su yerno y un niño de quince años, hijo suyo, á Paris.

Allí se confirmó más y más, por la conversacion de algunos amigos, en las disposiciones que suponía al triunfiro. Sin duda áun estas disposiciones le fueron insinuadas por agentes de Robespierre. Este buscaba en estos momentos unirle todo á su nombre, hasta los realistas, por lo vago de sus esperanzas.

Mr. de Quesvremont, antiguamente familiar de la casa de Orleans, y entonces mendigando la familiaridad de Robespierre, hizo participar á madama de Sainte-Amaranthe del entusiasmo por el hombre predestinado que decía que sólo esperaba la hora en que se madurasen sus designios, y que sólo concedería al Terror lo que no era posible aún quitarle. Como discípulo fanático de Catalina Theos, Mr. de Quesvremont habló á madama de Sainte-Amaranthe del nuevo culto como una profunda concepción del restaurador del orden, inspirándole, como á su hija y á su yerno, el deseo de hacerse iniciar. «Esto—les decía—es un acto que inspirará confianza á Robespierre.» La llamada marquesa de Chastenay, ardiente realista y más ardiente adepta de la *Madre de Dios*, acabó de determinar á madama de Sainte-Amaranthe á aquella afiliación. Sartines, su madre política y su esposa fueron introducidos en el desvan de la *Madre de Dios*. Estas dos bellas realistas recibieron en su frente el ósculo de paz de la sibila, que debía ser pronto para ellas el beso de su muerte.

Sea que esta condescendencia de las dos jóvenes hubiera sido en efecto una prenda á los ojos de Robespierre, sea que hubiesen hecho concebir en su espíritu el deseo y la vanidad de ver á las dos más célebres bellezas de Paris inclinarse ante su genio, sea más bien que él quisiese tender por ellas un cebo á los partidos proscritos para atraerlos al orden regular que meditaba, consintió en tener una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, hombre de teatro y amigo comun, condujo á Robespierre á casa de madama de Sainte-Amaranthe, en donde le recibieron como á un dictador que consiente en dejar presentir sus designios. Se sentó á la mesa en medio de un círculo de convidados escogidos por sí mismo. Robespierre respiraba el entusiasmo, y se dejó reprender dulcemente por los excesos que sufría hacía tiempo. El habló como hombre que debía volver sólo contra los culpables la guillotina que aún descargaba sobre tantos inocentes. Hizo entrever sus designios para dejar lucir alguna esperanza.

IV

Sea indiscrecion de sus huéspedes, sea infidelidad de los convidados, el comité de seguridad general tuvo aviso de estas entrevistas y de aquellas confidencias.

Vadier había hecho introducir uno de sus agentes, Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios* para observar los pensamientos y notar los nombres de los principales adeptos. Vadier sabía que Robespierre era su ídolo, y le suponía el instigador. Sospechaba desde el 20 Prairial que quería unirse al pueblo por las supersticiones, y acariciar á las clases superiores por los presagios de clemencia. Vadier quiso á la vez poner en ridículo á Robespierre y hacerle traicion. No se atrevió á atacar un nombre que rechazaba las sospechas y que desconcertaba la agresion; pero esperaba de este modo verter indirectamente sobre este mismo nombre una ridiculez que reflujaba sobre su poder. Además, era una de las empresas más atrevidas mostrar por primera vez en la Convencion que los amigos de Robespierre no eran puros, y que sus partidarios tampoco eran inviolables.

El comité de seguridad general, de acuerdo con la mayoría del de salud pública y con los conspiradores de la reunion de Tallien, ordenó la prision de Catalina Theos y de sus principales adeptos. Los comités dispusieron al mismo tiempo la prision de la marquesa de Chastenay, de Mr. de Quesvremont, de Mr. de Sartines y de toda la familia de Sainte-Amaranthe, sin exceptuar al hijo, que llegaba apenas á los diez y seis años. También hicieron prender á la señorita Grandmaison y á su criado Biret. Se resolvió confundir todas estas acusaciones, extrañas las unas á las otras, en el gran acto de acusacion que Elías Lacoste extendía contra Ladmiral y Cecilia Renault bajo el nombre genérico y vago de *conspiracion del extranjero*. Se había encargado á Vadier que redactase un informe prévio contra la secta de Catalina Theos, fiándose los comités en la malignidad de aquel anciano para dar á las puerilidades de don Gerle los sombríos colores de una conjuracion, y un barniz de ridiculez que recaía sobre el nombre de Robespierre.

Este nombre, que todo el mundo sabía que estaba oculto en el fondo de aquel asunto, sería tanto más visible cuanto sería ménos pronunciado por Vadier. Robespierre había conocido con anticipacion el golpe, pero el puñal estaba envuelto con el respeto. No podía tomar abiertamente la defensa de aquellos sectarios en un momento en que se le acusaba de querer hacer revivir las supersticiones para santificar su dictadura, por lo que se vió obligado á aplazar bajo pretexto de desprecio la lectura del informe de Vadier á la Convencion. Vadier estuvo inflexible; fué necesario sufrir en silencio los sarcasmos del relator, las sonrisas del auditorio, y las insinuaciones malignas contra su papel de Mahomet. El ridículo había desflorado aquel terrible nombre, y la sospecha había arrojado su sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habían conocido. Le habían advertido confidencialmente de que tuviese cuidado con Vadier, especie de Bruto, que fingía la rusticidad para ocultar el odio. «Esforzaos—escribió Payan á Robespierre—para disminuir á los ojos de la opinion la importancia que se querrá dar al asunto de Catalina Theos, y para convencer al pueblo que esto es una farsa pueril que no merece más que la risa y el desprecio de los hombres formales.»

En fin, pocos dias despues, Elías Lacoste había hecho el informe del decreto que proponía la remision al tribunal revolucionario de todos los acusados. Se vió reunidos al asesino Ladmiral y á Cecilia Renault, el padre, la madre y hasta los hermanos de aquella joven; Mr. de Sartines, madama de Sainte-Amaranthe, su hija madama de Sartines, su hijo, que no tenía aún la edad del crimen; los señores Laval-Montmorency, de Rohan-Rochefort, el príncipe de San Mauricio, los